

nen tal agilidad para salir del agua, que á veces saltan á la altura de un metro. A veces, sin embargo, no miden bien la distancia y vuelven á caer en el agua, pero repiten su intento hasta que alcanzan la orilla por escabrosa que sea.

En tierra viven los pingüinos seguros y tranquilos, porque no existe allí otro animal que se atreva á atacarlos. Pero en el mar tienen un enemigo fuerte y hábil. Algunas veces observamos, cerca de la orilla, cómo una foca sacudía cogido con la boca un pájaro bobo ensangrentado. Lo tiraba al aire cogiéndolo de nuevo, del mismo modo que lo hacen los gatos con los ratones después de muertos.

Las dos especies de pájaros de que aquí tratamos se alimentan según parece exclusivamente de cangrejos, que abundan en las capas superiores del agua (*euphansia*). Comprobé esto en un pájaro adelia que acababa de salir del agua y parecía extraordinariamente repleto. El estómago formaba un cuerpo relleno muy dilatado de unos veinte centímetros de longitud y ocho de diámetro. En la parte superior, cerca del esófago, estaban los cangrejos bastante triturados, pero, aun así, conservando su forma natural. La parte inferior, cerca del píloro, estaba, en cambio, llena de una masa parecida á gachas, en la cual solamente podíase distinguir los brillantes ojos de los cangrejos.

Cuando los pingüinos de vuelta del mar se acercan á los polluelos (el pájaro adelia tiene uno ó dos y el papua de uno á tres) no empiezan en seguida á alimentarlos. Los polluelos tienden sus picos hacia los padres lanzando chillidos, pero estos entonces dan un salto y huyen hacia la orilla seguidos de cerca por ellos. A veces se vuelven



Andersson, provisto de patines para nieve, corre á anunciar á Grunden la llegada de socorros.

de repente y corren hacia otro lugar. Las crías tropiezan y caen, mas luego siguen nuevamente detrás de ellos. Por último, se detiene el padre para darles de comer. El polluelo mete su pico en el de los padres, y éstos, mediante una contracción, sacan una bola de cangrejos muy prensados que los hijuelos tragan con voracidad. No pude comprender el objeto de las correrías de los padres antes de alimentar á sus crías.

Por todas partes, en aquellos lugares, se ven pájaros huidos que casi siempre acaban por pararse para alimentar á sus polluelos. A menudo obsérvase que alguno de éstos, más resistente en seguir, acude el primero, recibiendo mayor participación en la comida. Los rezagados, que son los más pequeños y raquíticos, se llevan la peor parte, mientras los otros se alejan con el buche lleno que arrastran como una bolsa entre las patas.

Durante la incubación viven en la bahía de la Esperanza diversas clases de pájaros como parásitos de la colonia. Merece citarse en primer lugar, entre éstos, el pájaro procelario gigantesco, *ossiifraga gigantesca* (quebrantahuesos).

Estas aves no incubaban allí, pero visitaban en crecido número las proximidades de aquellos lugares, descansando en el declive de hielo terrestre cerca de la parte sur de la embocadura. Toda la agilidad que los procelarios despliegan cuando nadan por el mar, se convierte en pesadez y torpeza cuando están en tierra firme. Sus cortas patas parece que apenas puedan sostenerles cuando se adelantan con las alas extendidas.

Cierto día observé cómo un osífrago que reposaba en un descampado, cerca de un grupo de adielies, atacó á los polluelos de éstos valiéndose de la astucia. Esperaba

á que uno de ellos se separase del grupo siguiendo, como de costumbre, á los padres en busca de comida, y cuando le veía solo se levantaba con cautela, y tambaleándose con las alas desplegadas se encaminaba hacia él. El traidor cogía al desprevenido polluelo de los plumones, mas entonces, algunos pájaros mayores, advertidos, apresurábanse á acudir en su auxilio y le obligaban á abandonar su presa, llevándosele consigo. Entonces el osífrago se retiraba prudentemente, para situarse nuevamente en acecho.

Estas aves procelarias eran tan voraces y aviesas que en ocasiones invadían de repente los grupos de polluelos, que, llenos de temor, se reunían y procuraban escapar, hasta que los padres llegaban en su defensa. Por donde quiera que el pérfido procelario probara entonces introducirse, se encontraba con dos ó tres pingüinos grandes que, sin miedo alguno, le pisoteaban y ponían en vergonzosa fuga. Alguna vez les hacía frente con las alas desplegadas, pero acababan por hacerle retroceder á fuerza de picotazos.

• Cuando comprendía que todas sus mañas eran infructuosas, se agachaba de nuevo acechando por todas partes. En cierta ocasión logró uno de ellos divisar, después de larga espera, á dos polluelos que corrían detrás de un pingüino de los más grandes. Dirigióse entonces el osífrago con las alas extendidas hacia uno de ellos, pasando primeramente á algunos metros de distancia para caer sobre él de improviso. Salió el pingüino padre á la defensa, pero inmediatamente el pajarraco acometió al otro polluelo y se lo llevó. Multitud de pájaros bobos se apresuraron á auxiliar á la víctima y no tardaron en obligarle á que la abandonara.

Pero, sin duda, el procelario estaba famélico y, tras repetidas embestidas, logró apoderarse nuevamente del polluelo, al que dejó tan mal parado, que ya no pudo escapar de sus garras. Cesaron entonces los ataques de los pájaros bobos, y el quebrantahuesos quedó rodeado de cinco ó seis más que acudieron en espera del botín, mientras despedazaba al polluelo que batía aún sus rudimentarias alas inútilmente.

Los procelarios que habían acudido disputáronse los restos de la víctima, pues como eran osífragos más pequeños, no podían por sí solos matar á los polluelos, y se aprovechaban de cuanto no querían los demás.

Esperando en las cercanías á que llegase su turno para tomar parte en la comida, vimos una gaviota (*larus dominicanus*) y una pareja de grandes megalestris; también revoloteaba por allí una paloma marina (*chionis alba*), que, más atrevida, tomaba ligeramente su parte hurtándola á los otros.

Estas palomas marinas buscan cuidadosamente su alimento escarbando entre el excremento de los pájaros bobos, donde recogen pedacillos de cangrejos que aquellos desperdician al dar de comer á sus polluelos. Aprovechan también la baja marea en la orilla para buscar pequeños crustáceos (anfípodos).

Cuando hicimos provisión de huevos de pájaros bobos en el canal de Orleans, observamos que las palomas marinas eran también muy aficionadas á esta clase de alimento. Dos cubas llenas de huevos que dejamos un rato abandonadas en el campo, viéronse inmediatamente rodeadas por infinidad de palomas de esta clase, que la emprendieron á picotazos con ellos.

A fines de enero empezó la muda de los jóvenes ade-

lie; su feísimo plumaje gris oscuro se desprendió primero del vientre, luego del dorso, hasta que por fin quedábales un ridículo plumón alrededor de la cabeza. El polluelo se transformaba entonces en un ave esbelta y fina, cuyo matiz de colores se parecía al de los padres, á excepción



Pájaros bobos adelle.—Bahía de la Esperanza.

del collar blanco, que en los padres es negro (véase el grabado, página 269).

Racovitza, que nunca había visto pájaros adelle incubando, sino solamente fuera en el hielo flotante, supuso que había dos clases: una con la garganta negra y la otra con la garganta blanca. Ya por la expedición de Borchgrevinks se averiguó, sin embargo, que la diferencia de color caracterizaba la edad de los pinguinos. Pudimos calcular que hasta el año no se verifica este cambio de color.

Durante el mes de febrero tuvimos ocasión de observar pequeños grupos de pájaros jóvenes del año anterior,

bajo cuyo plumaje de la garganta apuntaban ya las plumas blancas de la muda. La mayor parte de esta clase de aves, particularmente las de la especie *adelie*, mudan de pluma seguramente fuera, en el hielo flotante. Durante la muda, mostraban los pájaros jóvenes marcada vivacidad. Saltaban continuamente, piando y batiendo las alas con rapidez, pudiendo contarse por miles los que estaban reunidos en nutridos grupos. Quizás su incesante movimiento tuviera por objeto acelerar la caída del plumaje, ó fuera tan sólo demostración del nuevo vigor que les animaba.

El 9 de febrero vi por vez primera cómo se organizaba una verdadera expedición de pájaros, que se encaminaban hacia el mar después de la muda. Cuando la baja marea hubo terminado, reunióse un grupo de unos doscientos sobre un lugar seco cubierto de rocas. A la cabeza iba un pájaro viejo que se arrojó al agua, siguiéndole en seguida en grupos todos los demás. Surcaban el agua los novicios como perfectos nadadores, y hasta de vez en cuando se permitían algunos ensayos para saltar sobre el agua, como lo hacían los viejos. Graznando continuamente, nadaron hasta un gran bloque de hielo que por su baja superficie ofrecía un excelente lugar de descanso.

A mediados de febrero desaparecieron definitivamente los pájaros viejos *adelie*, y el 24 de dicho mes habían emigrado al mar también casi todos los jóvenes. Únicamente quedáronse entre las rocas algunos pequeños grupos que aun mudaban las plumas, en su mayor parte los que habían nacido el año anterior.

Infinidad de polluelos papuas, durante este tiempo, habían también cambiado su plumaje, que tenía ya el

mismo color que los mayores. La única diferencia digna de mención que los distinguía era la garganta blanca; faltábales todavía la raya blanca en la parte superior de la cabeza. Al mudar el plumaje por completo se les marcaba dicha raya y se les obscurecía el plumón de la garganta.

Esta especie se diferencia de la *pygoscelis adelie*, en que los pájaros jóvenes adquieren, á la primera muda, de una vez, su plumaje definitivo. El 11 de marzo aun daban de comer á sus polluelos los pájaros papuas, y el 29 del mismo mes habían desaparecido la mayor parte, quedando sólo algunos al abrigo de las rocas, esperando la muda para lanzarse al mar.

El 28 de abril habían desaparecido todos los pájaros bobos, y el mismo día observamos un grupo de osífragos de la especie *pagodroma nivea*, que revoloteaban sobre la bahía. Estos pájaros no los habíamos visto durante el verano, aunque incubaban en la isla del Uruguay en la parte sur del estrecho del «Antártico». Parecía como si los últimos días de invierno los hubiesen hecho emigrar hacia el norte en busca de agua libre.

Los pájaros bobos *adelie* y las gaviotas habían desaparecido completamente durante el invierno; mas cuando el hielo se derritió cerca de la tierra, vinieron de paso pequeños grupos papuas, y el 15 de agosto paseábase uno de éstos por la techumbre de nuestra choza.

Vimos también algunos cormoranes (*phalacrocorax*), que pescaban de vez en cuando á corta distancia de nosotros, á medida que el agua libre se iba acercando. Alguna que otra gaviota y contados osífragos gigantes veíanse á menudo en las proximidades de nuestra vivienda de invierno.

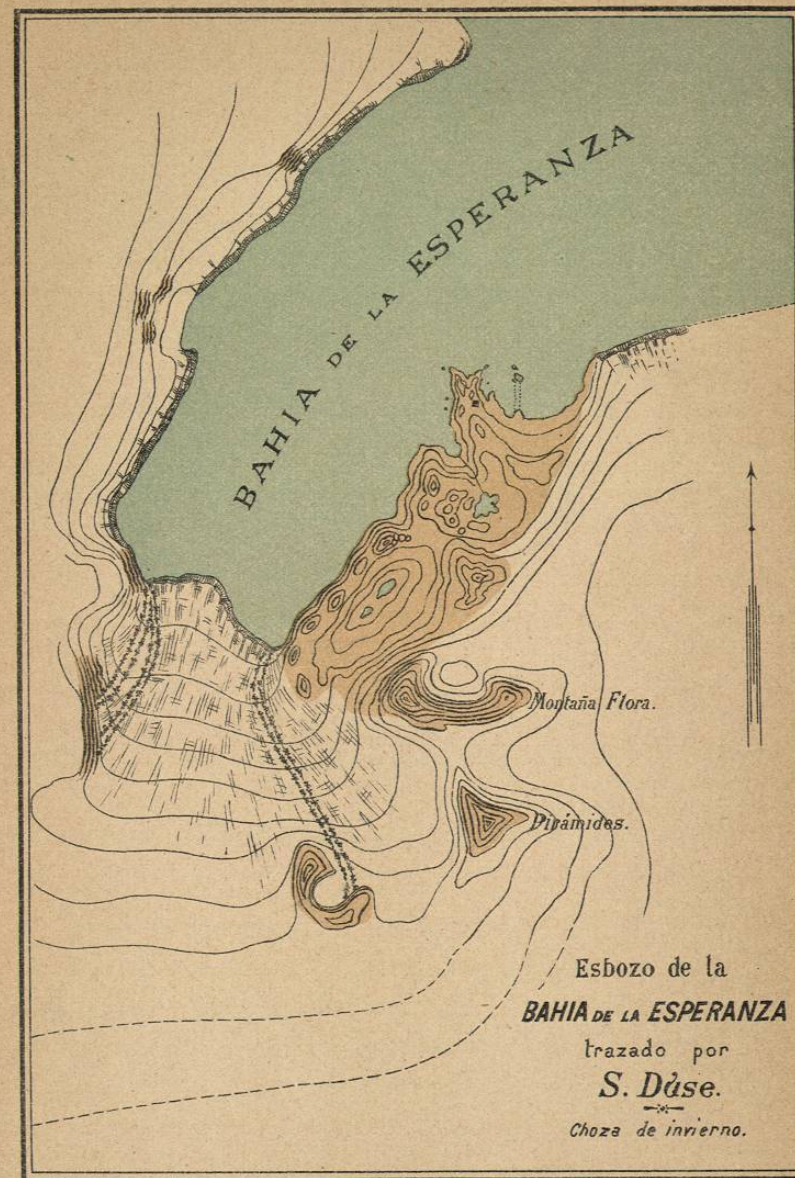
Pero nuestros compañeros más fieles eran ciertamente las palomitas de mar. Un reducido grupo de media docena nos hizo compañía durante todo el invierno. Se comían los desperdicios que tirábamos, y á veces las veíamos sucias de hollín hasta la cabeza, por el contacto



Polluelos adelic en la muda.—Islas de Seymour.

con las barreduras que esparcíamos por el suelo, donde escarbaban continuamente.

Cuando, durante las oscuras noches, recogíamos nieve para los usos domésticos, saltaban alegremente alrededor nuestro, y durante las tempestades, los días que no podíamos salir, oíamos á menudo cómo picaban sobre los cueros de foca extendidos sobre nuestra choza, como si quisieran darnos á entender que existen pequeños seres capaces de soportar los furiosos temporales mucho mejor que nosotros, reyes de la creación.



1 0 1 2 3 4 5 Km.